

faltaron á su palabra , rebeláronse como traidores infames , pusieron numerosos ejércitos en campaña , y Gerona volvió á poder de los moros , y en sus manos cayeron los demás pueblos , y los condes gobernadores tuvieron que retirarse con sus ejércitos hasta Aquitania , y á los pobres é indefensos cristianos no les quedó otro recurso que morir segado el cuello por la corva cimitarra para resucitar mas tarde con la triunfante palma , coronados mártires.

Todas las esperanzas cayeron entonces como caen los árboles en un día de huracan; los templos fueron destruidos , taladas las campiñas , las casas de los cristianos incendiadas , las familias degolladas y las imágenes.... las imágenes solas se salvaron , pero era porque habian desaparecido. Hubiérase dicho que antes de verlas profanadas , Dios habia querido que se las tragara la tierra.

Con la ausencia de Carlo Magno , la morisma triunfaba.

La granja de Recopolis sufrió el mismo destino que los templos. A la luz de las llamas que la devoraban , los moros degollaron á los cinco venerables eremitas que en ella moraban. Nada se salvó allí , nada fué allí respetado..... solo tambien la imagen sagrada de la Virgen se libertó de la destruccion , del incendio y del saqueo ; era que como las de otras iglesias habia desaparecido.

Triunfante en todo su imperio , Carlo Magno se apresuró á regresar ; su ejército de hierro volvió á hacer temblar el suelo , los pueblos se le entregaron , las ciudades le abrieron sus puertas , Gerona se le humilló por segunda vez.

Llevadas á cabo sus primeras conquistas y sus primeros triunfos , Carlo Magno corrió á la granja de Recopolis.

Era un monton de ruinas.

En seguida mandó empezar la construccion del monasterio prometido.

Y he ahí como vemos ahora que se llevaban á cabo todos los presagios del santo hijo de Leovigildo.

Mandó Carlos el grande hacer las mayores diligencias para encontrar la imagen de la Virgen desaparecida , pero fueron inútiles. No pudo encontrarse : solo los cinco solitarios sabian el punto donde la escondieron y los cinco solitarios habian pasado á ser mártires.

El glorioso monarca tuvo pues el disgusto de comenzar la entonces pequeña fábrica del monasterio , sin poder colocar en respetuosa capilla la patrona de los eremitas á la que habia elevado fervientes preces y á la que confesaba deber parte de las victorias alcanzadas desde entónces.

Así es que cuando regresó segunda vez á Francia , encargó tan caros objetos á sus condes gobernadores , y reiteróles en particular la necesidad de no

retroceder jamás y la memoria que debian hacer de sus promesas , para cumplirlas cuando la ocasion se presentase.

No burlaron en verdad tal esperanza los condes gobernadores , pues su constancia se fué transmitiendo de padre á hijo y hubo de llegar en fin el dia en que pudo quedar satisfecha la voluntad del santo emperador.

IV.

LA VISION DE WIFREDO EL VELLOSO.

VEAMOS como.

Carlos el grande habia muerto. Como nada prescribiera sobre su sepultura , se vaciló sobre el lugar en que debia enterrársele , y por último se escogió para eterno y último palacio del hombre de hierro , del gigante de las batallas , del rey de las leyendas , la magnífica capilla que hiciera construir en Aix con invocacion de la Virgen; fué bajado al panteon revestido del cilicio que habitualmente llevaba y por encima de este cilicio de su traje imperial , ciñéndole al lado su formidable espada , aquella espada con que partia en dos un caballero , todo vestido de hierro. Sentósele en un trono de mármol , su corona en la cabeza , su libro del evangelio abierto sobre las rodillas , y sus dos piés sobre el cetro y el broquel de oro bendecidos por el papa Leon ; colgose de su cuello una preciosa cadena que sostenia una esmeralda hueca donde se encerraba un fragmento de la vera cruz , se arrojó sobre sus hombros su manto real y se suspendió á su cinto el gran bolsón de peregrino que acostumbraba llevar en sus viajes á Roma. En fin , luego que se hubo perfumado el sepulcro , luego que lo hubieron empedrado de piezas de oro , cerrose la puerta de bronce , que se tapió , y elevose sobre la tumba un arco triunfal en el que se grabó su nombre.

A Carlos había sucedido Ludovico Pio, cuyas manos débiles pudieron á duras penas sostener el cetro de hierro de su padre.

A Ludovico, Carlos llamado el Calvo.

Viéndose este precisado á sostener guerra con los normandos, volvió en torno los ojos para ver á qué guerrero de prez y de valor podía confiar su causa, y llamó por lo mismo en su ayuda al mejor de sus caballeros, á Wifredo *el velloso* conde de Barcelona, descendiente de aquel primer gobernador á quien había nombrado Carlo Magno confiándole el cuidado de buscar la Virgen desaparecida de la granja de Ripoll.

Ya sabemos como sirvió Wifredo á Carlos, ya sabemos como le hizo señor independiente de Cataluña y como le dió el blason ganado con su sangre (1).

Wifredo tornó á su país, cuyos estados durante su ausencia habían intentado ocupar los moros, y resuelto á dar la libertad á su patria, desenvainó su espada y empezó esa serie de homéricas hazañas que no concluyeron ni aun cuando vió ondear su sangriento pendon de las barras en los picos mas elevados del venerado Monserrate.

Siguiendo el curso de sus conquistas, llegó un día á Ripoll, cuya ciudad comenzaba á reedificarse, y allí le detuvo cierto extraño y singular acontecimiento.

Una mañana que Godmaro, el obispo de Vich que seguía las huestes vencedoras del conde, se paseaba solo á la sombra de una deliciosa alameda, vió venir hácia él á Wifredo, algo pálido el rostro y algo inquieto, los ojos centelleantes, andando á pasos apresurados.

— Que teneis, conde y señor, que así pasais por mi lado sin decirme nada? — preguntole el obispo.

En efecto, en su preocupacion el *Velloso*, sin reparar en el prelado, seguía distraido su camino. Volvió empero el rostro á las palabras de Godmaro y exclamó entónces:

— Oh! sois vos? El cielo os envia.

— Qué ocurre?

— Vais á saberlo. Decidme primero, sabreis explicarme una vision ó descifrar un sueño?

— Puede.

— Oid entónces.

Ambos se sentaron en unas piedras á la fresca sombra de los árboles y el conde empezó así su relato.

(1) Véanse las notas del tomo primero.

— No sé cuanto tiempo hacia que estaba entregado al sueño ni sé que hora sería de la noche, cuando me ha parecido despertar al rumor de una armonía angélica que hería mis oídos. Mis ojos no podían acabar de distinguir, en medio de las sombras que me rodeaban, ciertos personajes de flotantes vestiduras que creía ver pasar por el espacio, y hacia cuanto en mí estaba para incorporarme y para distinguir mejor, cuando ha sonado una voz dulce que me decía al oído: — Wifredo, conde de Barcelona, levántate y sígueme! He obedecido, me he levantado y he seguido, sin tocar con los piés en el suelo, como si me llevaran suavemente por los aires, á una vision de blanca túnica que se cernía ante mí y que parecía guiarme. A medida que avanzaba, la armonía angélica se iba oyendo cada vez mas cercana y cada vez mas grata. De pronto, un esplendor como el del mas brillante sol á mediodía ha rasgado las nubes que se han retirado apresuradamente en tropel y amontonadas, y heme hallado á la puerta de una gruta presenciando un espectáculo divino. En el fondo se alzaba un altar de piedras y sobre él la imágen mas encantadora de la Virgen que haya visto en mi vida: tenia trigüeno el color de su rostro, era su faz mas larga que redonda y su vista tan penetrante que clavaba el corazón. A su lado, recostados en nubes de oro, se mecían los ángeles cantándole sacros himnos, llenaban la cueva olorosos perfumes y al pié del altar, de rodillas, depositada en el suelo la espada, se veía á un guerrero de atlética estatura, todo cubierto de hierro. Todo lo contemplaba yo sorprendido, y creo que clavados tenía mis piés en el suelo, cuando he visto al guerrero ponerse majestuosamente en pié, volverse hácia mí y mirarme de una manera risueña. Al fijar mis ojos en su semblante, he dado un grito. Acababa de conocer á aquel guerrero, y sin embargo no lo había visto en mi vida. He dado un paso hácia él, pero me ha salido al encuentro, y entre nosotros se ha trabado esta conversacion que perfectamente recuerdo: — Me conoces? me ha dicho el guerrero. — Sí, le he contestado, eres Carlo Magno. — El mismo soy, y aquí he venido abandonando mi sepulcro, para orar á los piés de la sagrada imágen que me hizo ganar mi victoria de Amer y mi segunda batalla sobre Gerona. Esa imágen tú debes adorarla como yo; la prometí en vida un monasterio famoso, y al partirme de España dejé encomendada esta obra á tus antecesores. Ninguno de ellos ha encontrado la imágen, y por consiguiente ninguno se ha acordado de engrandecer el pequeño edificio que dejé yo fabricado junto á las ruinas de Recopolis y en el sitio donde estuvo la granja que me incendiaron los moros. Wifredo, el Señor te ha elegido á tí para llevar á cabo mi obra. Yo vengo á tí en nombre del Señor y te digo: Mañana al despertar póstrate á los piés de esa imágen, fúndala

el mejor monasterio que pueda haber en Cataluña y dedícala y conságrala la mejor y mas querida prenda que llevas contigo. Adios.» Y á esta palabra Carlo Magno ha desaparecido y con él la imágen, la cueva, las luces y los ángeles. Me he vuelto á encontrar en mi lecho y he despertado viendo entrar en mi estancia los primeros rayos del sol.

Wifredo calló y hubo un momento de silencio que rompió Godmaro, diciéndole:

— Y bien?

— Y bien, yo no comprendo ese sueño, esa vision que me trae confundido desde que me he levantado. Las palabras que he oido durmiendo de la boca de Carlo Magno son confusas para mí, y respecto á algunas hállolas de sentido indescifrable. Y sino, decidme, vos que por vuestro sagrado ministerio podeis quizá comprenderlas mejor que yo: ¿Qué imágen es esa ante la cual debo postrarme esta mañana, qué monasterio el que debo engrandecer y, sobre todo, qué prenda de mi afeccion y cariño es la que á consagrar se me impele?

Godmaro permaneció unos breves instantes meditabundo. Wifredo le miraba esperando.

Por fin habló el obispo.

— Arduo es en verdad el asunto y no acierto á atinar el misterio que encierra vuestra vision. Vuestro padre no os habló jamás del legado hecho á los condes gobernadores por Carlo Magno?

— Jamás.

— No me atrevo yo por mí solo, conde Wifredo, á decir todo lo que pienso de vuestro sueño, puese me oculta como á vos mismo el sentido de las palabras de Carlo Magno. Creo pues que lo que podríamos hacer, seria consultar con el abad Diginio, el virtuoso monge que con cinco religiosos vive retirado en el modesto monasterio que mandó labrar el mismo emperador cuando estuvo en estos lugares. Os parece?

— Que me place. Consultémosle en buen hora.

Y levantándose el primero el conde, echó á andar en compañía del prelado, dirigiéndose hácia el monasterio que ocupaba el lugar que antes la granja. Allí, seis sacerdotes perpetuaban la tradicion de Carlo Magno entregándose á su vida cenobítica bajo la regla de San Benito.

Al llegar los dos ilustres personajes al edificio, cuya humilde y pequeña fábrica ninguna notable particularidad ofrecia, vieron agrupado un tropel de pueblo, cuya curiosidad satisfacía sin duda un monge que desde el umbral parecia explicarles algo, teniéndoles á todos suspensos de sus labios.

Movidos de estrañeza, el conde y el obispo apretaron el paso no tardando en llegar donde estaba aglomerada la muchedumbre.

Al ver esta á los dos personajes, apartóse en seguida respetuosamente, doblando algunos la rodilla, descubriéndose todos y lanzando algunos entusiastas vítores como sucedia siempre que el pueblo catalan veia á su conde Wifredo.

— Qué sucede? — preguntó el obispo al monge que se hallaba en el umbral así que hasta él llegaron.

— Oh! venís á visitarla tambien? — esclamó el benedictino lleno de júbilo, sin contestar á las preguntas del prelado. — Venid, venid, ilustre señor; venid, soberano conde, vereis su rostro agraciado que brilla como un puñado de estrellas, adorareis su faz divina, y vuestro noble pecho latirá de júbilo al juzgar la bendicion que ha caido sobre el monasterio.

— Pero qué es lo que hablais y porqué es ese júbilo? Ni el conde ni yo comprendemos en ello una palabra.

— Cómo! no habeis venido para visitarla? — dijo el admirado monge.

— Para visitar á quién? — preguntó Wifredo.

— A la imágen de la Virgen á cuyas plantas están en este momento de rodillas el abad Diginio y mis hermanos, entonando sagrados cánticos de alabanza por su maravillosa invencion.

El conde y el obispo se miraron con sorpresa.

— Explicadnos, si gustais...

— Oh! sí, ha sido hallada esta mañana en el fondo de una gruta tapiada y cuya puerta por casualidad ha sido descubierta. Es la misma santa imágen que veneró un dia en este sitio Carlo Magno, la misma que era dulcísima patrona de los cinco mártires eremitas de la granja que se alzaba donde hoy asienta este monasterio. Cuando los moros vinieron otra vez á Cataluña, despues de haberse partido á Francia el grande Carlos, los solitarios, augurando para ellos la palma del martirio, escondieron en una gruta de las entrañas de la tierra la venerada imágen de divino rostro que adoraban. Todo lo dice un pergamino hallado á los piés de la santa Virgen. Venid, venid á visitarla y á postraros ante ella de rodillas.

El conde no sabia lo que le pasaba al encontrarse cuando menos creia con la realizacion de su sueño, y sorprendido miraba á Godmaro en cuyos ojos leia tambien la admiracion y el pasmo.

— Descifrado está mi sueño, — dijo al obispo mientras seguian al monje que para mostrarles el camino les precedia, — si es esa, como creo, la imágen her-

mosa que he visto dormido y á cuyos piés se hallaba respetuoso el emperador Carlos, ya todo lo comprendo, ya todo lo adivino.

El religioso que les guiaba hizoles cruzar varios corredores, un claustro pequeño y sombrío á la sombra de cuyas haces de airoas columnas crecia trepadora la yedra, y en seguida bajando algunos escalones y atravesando una galería subterránea, llegaron á la puerta de una gruta.

Bello espectáculo se presentó á sus ojos.

Caprichosas estalácticas formaban en parte las paredes de la gruta, y de ella arrancaba brilladoras y trémulas chispas, lucientes como menudas perlas, de torrente de luz que inundaba la tosca pero celestial estancia. Sobre un montón de mal unidas piedras, en forma de rudo altar y aún mas bien de mal tallado pedestal, estaba la hallada imagen de la Virgen soberana con su rostro de amores y sus ojos de delicias. A sus piés, tocando casi con sus rostros al suelo, veíase á los monjes cantando con voz trémula y conmovida los himnos de alabanza. Y por fin, un grato resplandor inundaba la cueva en cuyo umbral acababan de caer respetuosos de hinojos el conde Wifredo y el obispo Godmaro.

— Oh! — exclamó el conde así que el pasmo que le embargaba pudo dejarle hablar, — ella es, es la imagen de esta noche, la que se ha grabado eternamente en mi corazón, la misma á cuyos piés oraba humilde Carlo Magno. La reconozco, sí; rostro trigüeno, faz larga y vista penetrante. Bien hallada seas, pura y santa imagen! Bien hallada, dulcísima Virgen! Todo lo comprendo y todo lo cumpliré, te lo juro. Sí, tú eres la imagen ante la cual debía postrarme esta mañana, este es el monasterio que debo engrandecer para que sea uno de los mas famosos de la cristiandad... pero... me falta, sí, una cosa. Una prenda se me ha dicho que debía consagrarte, santa imagen, la prenda mejor y mas querida que conmigo llevo. Esto es lo que no entiendo ni á comprender acierto... Iluminame, dulce y divina Señora. Qué prenda á la que yo tenga afecto y cariño puede serte grata? Dímelo, y juro al instante consagrártela! Qué prenda me ha querido dar á entender la voz de Carlo Magno?

Mientras así se exclamaba Wifredo y volvía en torno los ojos como si quisiese hallar junto á él lo que sin saber buscaba, vió penetrar de pronto en la gruta, atravesando su umbral, á su hijo mayor, á su primojénito Rodolfo que atraído por la nueva del santo hallazgo llegaba.

— Cielos! — exclamó al verle Wifredo cuya mente acababa de iluminar una idea acudida como un rayo; — he ahí la prenda mejor y mas cara que tengo: mi hijo Rodolfo. Virgen, soberana Virgen mia, yo te la consagro, yo te doy á

mi hijo, santa Reina. Sea él tu siervo en el templo como su padre será también tu siervo y tu campeon en los campos de batalla.

Y el conde, pronunciadas estas palabras, se dejó caer á los piés de la imagen con su hijo Rodolfo, mientras mas fervorosos y mas entusiastas, si cabe, resonaban los cánticos de alabanzas de los monjes á cuyas voces habia unido la suya el pio obispo Godmaro.

V.

ESCELENCIAS DEL MONASTERIO.

TRANQUILO podia descansar en su tumba el grande Carlos.

Sus deseos quedaban satisfechos y con quedar ellos satisfechos cumplido quedaba también el presagio de san Hermenegildo.

Wifredo, el primer conde soberano, fué quien todo se encargó de llevarlo á cabo.

Magnífica promesa habia hecho Carlo Magno, pero espléndido cumplimiento supo darla Wifredo.

Fué Santa María de Ripoll uno de los mas famosos y nombrados monasterios de la cristiandad, una de las mas célebres casas de oracion del orbe, uno de los mas afortunados asilos religiosos. Y, cómo no habia de ser así, tratándose de un convento augurado por un santo, regado su suelo con la sangre de unos mártires, fundado por el mas grande monarca de la antigüedad y consagrado por el primero de los condes catalanes?...

Poco tiempo despues de la escena referida al final de nuestro anterior capítulo, corriendo el año 888 de la venida de Cristo, la humilde morada del